OPINAR

LA FUERZA DE LAS IDEAS

REVISTA SEMANAL FUNDADA POR EL DR. ENRIQUE TARIGO

PRIMERA ÉPOCA: 6 DE NOVIEMBRE DE 1980. SEGUNDA ÉPOCA: 21 DE MAYO DE 2007

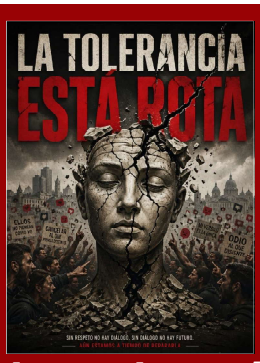
opinar.com.uy

EDICIÓN | 821

Lunes 27 de abril de 2026

Inseguridad y decadencia requieren más Estado. César García Acosta





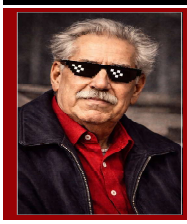
La tolerancia está rota
Daniel Manduré

Politicas de Estado Coherencia histórica
Pedro Bordaberry

AFAPs: Ignoran la voz electoral
Marcelo Gioscia

Inseguridad de medida y la sensación térmica
Pablo Caffarelli

Proyectando visiones América invertebrada.
Julio María Sanguinetti



La cultura que la derecha no entiende (y el batllismo sí supo leer)
Eduardo Irigoyen García

Cultura: La tentación de domesticar
Luis Marcelo Pérez

La inseguridad y la decadencia requieren de más Estado

El presidente Yamandú Orsi tiene la obligación de escuchar lo que el pueblo le dice, pero también tiene el derecho a implementar las políticas públicas con el acento y los tiempos que su conciencia política, y la de su gobierno, le determinen.

Dicho esto, me aparto en esta opinión radicalmente de aquellos que sólo critican en su afán por sentirse opositores de un gobierno, olvidándose que controlar números, también supone controlar gestiones, debatiendo, aunque jamás desprestigiando al gobierno sin otro esquema que el de no entrar en el fondo de los temas con ánimo de entenderlos para resolverlos.

Las personas en situación de calle son actualmente una piedra en el zapato de una inseguridad ciudadana que fue golpeada en su banda de flotación.

Nadie camina seguro por las calles de las ciudades uruguayas -ni de día ni de noche-, ni en el Montevideo n en un pueblo. Y mucho menos podemos sentirnos seguros cuando advertimos la silueta de una moto acercándose con dudosa motivación.



Cesar GARCÍA ACOSTA
Editor del semanario OPINAR
Técnico en Comunicación Social

Montevideo, que supo transitar épocas de esplendor, también experimentó momentos aciagos. Así lo deja en evidencia Juan Carlos Onetti en «El Astillero», que explora ni más ni menos que la decadencia, el autoengaño y la derrota humana.



Alguien sensatamente puede imaginar que Orsi podrá mantener la carga impositiva en un país con una población propia francamente en baja; con más de 19 mil presos jóvenes encausados por delitos de rapiña y narcotráfico de los 50 o 60 salen a diario de sus presidios liberados sin fe ni trabajo. Y, convengamos, para no ser hipócritas que todo esto sucede en el marco de una población que se mantiene rondando los 4 millones de habitantes (un barrio de Brasil o de Argentina), en la que al menos 30 niños de esos que se empecinan en seguir naciendo en este mundillo del» Astillero» de Onetti, saben de antemano que no saldrán de pobres.

Mientras esto sucede la oposición reclama achicar el Estado, cuando en realidad todos saben que SÓLO el Estado sacará al país de esta crisis generacional.

Hoy, por ejemplo, las intendencias deberían ser el instrumento para dar empleo y reeducar, y al que le toque tener que pagar penas a la Justicia por haber delinquido, en vez de ir a un municipio a barrer o destapar caños, podrían asistir en tareas al Ejército Nacional aprendiendo oficios y educándose en la honestidad tradicional de una profesión tradicional para el país.

Sin embargo, los políticos limitaron los ingresos del personal por ley, fijan los valores de las multas de tránsito o estudian en una comisión de «futuros» lo que vendrá, aunque no lo podamos ver.

Hoy la hora requiera que los mejores gestores del Estado sean puestos a racionalizar una estructura que sin deteriorarla es la que debe sacarnos del pozo social en el que estamos.



Enrique TARIGO
Abogado. Periodista. Vicepresidiente de la República.
Fundador del semanario **OPINAR**
(15/9/1927-14/12/2002) FUENTE: diario EL DIA dic. 1974

«El liberalismo político y la democracia»

Es relativamente frecuente escuchar o leer frases como las siguientes: «no deben concederse derechos democráticos a quienes propugnen la abolición de la democracia»; «no debe haber libertad contra la libertad».

Raymond Aron, en su magnífico «Ensayo sobre las libertades», ha apuntado con toda claridad que afirmar que «no hay libertad para los enemigos de la libertad ... constituye la justificación de todos los despotismos».

¿Por qué tan grande contradicción? ¿Quiénes tienen razón? ¿Es prudente conceder la libertad a los enemigos de la libertad? ¿Y quién decide, de una vez para siempre, la calificación? ¿Y si quien asume la tarea de decidir, yerra, se equivoca o es injusto?

El nudo de la cuestión radica, a nuestro modo de ver, en el concepto que se sustente de la democracia.

Para quienes afirmamos que el liberalismo político, constituye la esencia de la democracia, el conflicto conceptual se supera mediante la síntesis armónica de ambos aspectos.

Para quienes admiten la permanencia de la democracia, pero declaran que el liberalismo político ha perimido ha perdido actualidad y vigencia, la solución aparece muy clara: no debe haber libertad para los enemigos de la democracia.

Raymond Aron, entre tantos otros, ha puesto en claro esta simbiosis entre liberalismo y democracia que hoy todavía hay necesidad y hay urgencia de reafirmar.

«Liberales, las democracias occidentales desean salvaguardar los derechos de las personas, dejar un margen a la acción espontánea de cada cual; se prohíben asimismo la ambición de edificar el orden social según un determinado plan y de someter al provenir a su voluntad».

«Democráticos, los liberalismos occidentales reconocen en la voluntad del pueblo el principio de legitimidad y en las elecciones disputadas la aplicación de su principio».

Dicho de otro modo: si se reduce la concepción de la democracia a una mera forma de gobierno –el gobierno del pueblo- la democracia puede concebirse de una manera tan dogmática como cualquier otra forma de gobierno.

El liberalismo, en cambio, que no constituye una forma de gobierno sino una filosofía, una concepción del hombre, del mundo y de la vida, comienza por afirmar la libertad como esencia del ser humano, y se preocupa especialmente por regular y por limitar el poder de coerción que sobre el hombre posee, irremediablemente, todo el gobierno, aún el gobierno democrático.

La tolerancia para con las ideas que no se comparten, para con las ideas que se rechazan y que se impugnan, para las ideas contra las cuales se lucha y se combate dialécticamente, aparece sí, según es fácil de advertir, como un carácter connatural al liberalismo político.

Esa actitud de tolerancia para con las ideas –no para con los actos, desde luego, cuando éstos lesionan el orden jurídico- es lo que sintetiza la frase de Voltaire que en esta misma página se recordara hace pocos días: «No estoy de acuerdo con nada de lo que usted dice, pero estoy dispuesto a dar mi sangre para que usted pueda seguir diciéndolo».

CONTENIDOS

Redactor Responsable
Tcs César GARCÍA ACOSTA.
Domicilio:
Martín C. Martínez 1630/401
Montevideo-Uruguay
Teléfono:
098686686
Registro MEC
Nº 2169/07, Tomo VI, fs. 388
Registro de Ley de Imprentas
Web: opinar.com.uy
Contacto:
cesargarciacosta@gmail.com

2 La inseguridad y la decadencia requieren de más Estado CESAR GARCÍA ACOSTA **2** «El liberalismo político y la democracia» ENRIQUE TARIGO (reedición) **3** ¿Quién decide la condena? RICARDO ACOSTA **4** Coherencia histórica PEDRO BORDABERRY **4** Salto: gobernar no alcanza, también hay que existir **5** La tolerancia está rota DANIEL MANDURÉ **6** El Día del Idioma DAVID AURIS VILLEGAS **6** Ignoran pronunciamiento cuerpo electoral MARCELO GIOSCIA **7** La cultura que la derecha no entiende (y el batllismo sí supo leer) EDUARDO IRIGOYEN GARCÍA **8** No es una sensación térmica PABLO CAFFARELLI **9** No da para más la cosa WASHINGTON ABDALA **9** La tentación de domesticar LUIS MARCELO PÉREZ **10** El repliegue del trumpismo GUZMÁN A. IFRÁN **11** Magyar; alineado a «OTAN» y «Unión Europea» LORENZO AGUIRRE **12** América invertebrada JULIO MARÍA SANGUINETTI





Ricardo ACOSTA CALVO
Periodista

¿Quién decide la condena?

Hay casos que no terminan cuando habla la Justicia. Este es uno de ellos. El caso de Moisés Martínez ya tiene una condena. Doce años de prisión por matar a su padre. Un fallo claro, dentro de lo que marca la ley. Pero lejos de cerrar la discusión, la abrió. Porque alrededor de esa condena hay algo que no entra del todo en un expediente: una historia de violencia, denuncias de abuso, una familia quebrada durante años. Y ahí es donde el caso deja de ser solo judicial y empieza a transformarse en otra cosa. En un debate. En una incomodidad. En una pregunta sin respuesta fácil.



La Justicia hizo lo que tenía que hacer: juzgar un hecho concreto. Hubo un homicidio, hubo responsabilidad, hubo condena. Pero la reacción social no siguió la misma lógica. No hubo una lectura única.
Por el contrario.
Apareció empatía. Apareció comprensión. Surgieron voces que no discuten el hecho, pero sí el contexto. Que no justifican, pero tampoco logran condenar con la misma dureza.
Ahí entra otra dimensión.
La historia de fondo, impulsada con fuerza por su hermana, instala una idea potente: la del abandono. La de un Estado que no llegó a tiempo. La de alguien que no encontró salida dentro de los canales formales y terminó tomando una decisión extrema.
Ese relato no es menor.
Tiene eco. Tiene respaldo. Y, sobre todo, tiene capacidad de instalar sentido.

Cuando la sociedad empieza a mirar un caso con otros ojos, la Justicia deja de ser el único eje. Aparecen otros factores: lo emocional, lo humano, lo moral.
Y ahí aparece la tensión.
La ley no está pensada para emociones. Está pensada para hechos. Cuando esos dos planos se cruzan, lo que surge es un terreno difícil de sostener.
En paralelo, el caso dio otro paso que lo vuelve aún más complejo: la prisión domiciliaria mientras se tramitan instancias de apelación. Una decisión judicial válida, pero que en este contexto se interpreta mucho más allá de lo técnico.
Se lee como un gesto.
Como una señal.
Como una puerta que empieza a entreabrirse.
Y entonces la discusión escala.
Se empieza a hablar de indulto. De intervención política. De la posibilidad de que el Parlamento actúe sobre una condena judicial.
Ahí el caso deja de ser individual.
Pasa a ser un límite.
Porque cuando la política entra en el terreno de la pena, lo que está en juego no es una persona. Es el sistema.
No es si Moisés merece más o menos años.
Es quién tiene la potestad de decidirlo.
Y bajo qué criterios.
Porque si la condena empieza a discutirse en función del contexto, de la presión social o de la empatía que genera un caso, la pregunta es inevitable:
¿Dónde se traza la línea?
¿Cuándo un contexto atenúa?
¿Cuándo pesa más que el hecho?
¿Y cuándo deja de importar?
No se trata de negar lo que pasó antes. Sería injusto hacerlo. Pero tampoco se puede ignorar lo que pasó después. Hubo días con el cuerpo en la casa. Hubo intentos de ocultamiento. Hubo decisiones posteriores que también forman parte del caso.
Todo eso convive en un mismo expediente.
Por eso este no es un caso cómodo.
No permite simplificaciones.
Ni para un lado ni para el otro.
No alcanza con reducirlo a una Justicia dura o a una sociedad comprensiva. El problema es otro. Más profundo. Más incómodo.
Es qué hacemos cuando un caso rompe el equilibrio entre lo legal y lo legítimo.
Ahí es donde todo empieza a moverse.
Si la ley no alcanza, aparece la presión social.
Si la presión crece, aparece la política.
Y cuando la política interviene, lo que cambia no es el caso.
Es la regla.
Eso es lo que genera ruido.
No tanto por lo que ya pasó, sino por lo que puede venir.
Porque los precedentes no se construyen con casos simples. Se construyen con casos difíciles.
Y este lo es.
Por eso el debate no debería cerrarse rápido. Ni hacia la condena absoluta, ni hacia la absolución emocional. Debería abrirse, discutirse, pensarse con cuidado.
Porque en el intento de reparar una injusticia también se puede abrir una puerta que después no se puede cerrar.
Y ahí la pregunta deja de ser jurídica.
Pasa a ser política.
Y, sobre todo, colectiva.
Porque lo que está en juego no es solo qué hacer con Moisés Martínez.
Es qué estamos dispuestos a aceptar como sociedad cuando la ley y la historia personal chocan.
Y qué lugar le damos a cada cosa cuando eso pasa.
Porque una vez que ese límite se mueve…
ya no vuelve al mismo lugar.

Pedro BORDABERRY
Abogado, Senador. FUENTE: red social X



Coherencia histórica

Hay momentos en que una sociedad, casi sin advertirlo, comienza a juzgar su pasado con los ojos del presente y, en ese ejercicio –que puede parecer justo–, corre el riesgo de ser profundamente injusto, porque la historia no es un tribunal de hoy sobre hombres de ayer; la historia es comprensión, es contexto, es tiempo, es entender que hubo otras circunstancias, otras amenazas, otras formas de vivir y de defender la vida. No se puede analizar el siglo XIX con la sensibilidad del siglo XXI sin caer en simplificaciones que terminan desfigurando la verdad.



En aquellos años iniciales de nuestra formación como nación, la frontera entre el orden y el desorden era muy frágil. No existía el Estado como hoy lo conocemos, no había instituciones consolidadas, ni fuerzas organizadas capaces de garantizar la seguridad de la población. Y en ese escenario hubo hombres –caudillos de la tierra– a quienes se les encomendó una tarea dura: proteger a los pobladores; proteger a familias aisladas, a mujeres, a productores y a hombres de trabajo en la campaña. Porque, seamos claros, no todo era romanticismo en esas tierras, también había violencia, había ataques, había saqueos, había muertes, había violaciones y había una amenaza real sobre la vida cotidiana de quienes intentaban vivir en paz y trabajar. Y frente a eso, ese caudillo – reconocido por sus servicios militares en las luchas de la época– actuó, persiguió, combatió y dio muerte. No lo hizo por crueldad, sino por mandato. No por capricho, sino por función. No por odio, sino por defensa. Y no sólo eso: existen documentos históricos, conservados en nuestros archivos nacionales, que muestran que esa tarea no solo era conocida, sino también reconocida y hasta remunerada.

En una carta fechada en Montevideo, el 22 de mayo de 1806, ese mismo jefe militar reclama el pago de una suma que le había sido prometida por sus acciones en la persecución de «indios infieles», luego de haber servido –según sus propias palabras– «en defensa de la Patria». Es decir: lo que hoy algunos pueden juzgar como un exceso individual, en aquel tiempo era parte de una lógica aceptada, incluso institucionalizada.

Sin embargo, ese caudillo hoy tiene estatuas en nuestras plazas, tiene calles con su nombre. ¡Es, con justicia, uno de los pilares de nuestra identidad! ¿Por qué? Porque entendemos que fue un hombre de su tiempo, porque comprendemos el contexto en el que actuó, porque sabemos que su obra, en el conjunto, fue decisiva para el nacimiento de la patria. ¿Quién era ese caudillo? ¡Ese caudillo al que nadie cuestiona, que también combatió a los charrúas y reclamó dinero y cobró por ello, era José Artigas, nuestro prócer!

Lo que planteo no es una revisión interesada de la historia, sino, por el contrario, es un llamado a la coherencia histórica. No se puede medir a unos con una vara y a otros con otra. No se puede condenar a un protagonista de nuestra historia como José Artigas, nuestro prócer, por acciones que fueron, en esencia, similares a las de otros, porque si abrimos ese camino, terminaremos cuestionando los cimientos mismos de nuestra nacionalidad.

Hay muchos documentos en el archivo «Artigas», en los cuales este reclama dinero por el combate que hizo, incluso, de dar muerte a indios en aquella época. Artigas es un hombre imprescindible, nadie lo acusa de genocidio por sus acciones. ¡Nadie; porque no lo es! Su acción no puede ser analizada aislando un episodio y descontextualizándolo dos siglos después, como tampoco lo podemos hacer con ese otro cran caudillo oriental, Fructuoso Rivera que como surge de los propios documentos históricos, también defendió a las poblaciones cumpliendo órdenes del Gobierno y combatió, persiguió, pero nunca reclamó dinero o retribución por ello.

Don Frutos Rivera, el triunfador de Rincón, el que cargó en Sarandí, el que avanzó sobre las misiones, el que aseguró con su coraje buena parte de nuestros límites territoriales, también fue, como Artigas y tantos más, un hombre de su tiempo, un hombre con luces y un hombre con sombras.

La historia no se construye con fragmentos, se construye con totalidad, con verdad, con justicia y la justicia histórica exige comprender antes que juzgar. No se puede reducir a un solo episodio de Artigas, nuestro prócer, o de Rivera, primer presidente de la república. Ambos fueron hombres de su tiempo, ambos hicieron lo que creyeron necesario para defender a su gente y ambos contribuyeron de manera decisiva a la construcción de nuestra nación. No los enfrentemos a Rivera y a Artigas con el juicio fácil del presente; entendámoslos –a ambos– en la complejidad de su tiempo.

Adrián BAEZ
Abogado Laboralista. Periodista.
Convencional Nacional y Departamental. Ex Edil.



Salto: gobernar no alcanza, también hay que existir

La discusión abierta en Salto tras la decisión de Marcelo Malaquina de tomar distancia de la Coalición Republicana no debería analizarse únicamente en clave coyuntural. El verdadero debate es otro: qué papel debe asumir el Partido Colorado en el departamento para no transformarse en una mera herramienta electoral o en un socio administrativo del gobierno de turno. Porque un partido político no se justifica solamente por integrar una gestión. Se justifica, sobre todo, por representar ideas, canalizar demandas ciudadanas y proyectar futuro.



Si hay una tradición profundamente arraigada en el Partido Colorado, esa es la que impulsó José Batlle y Ordóñez: la convicción de que la vida partidaria es mucho más que una maquinaria electoral.

Batlle entendía al partido como una incubadora permanente de ideas, un laboratorio político donde se discutían reformas, se formaban dirigentes y se escuchaban las transformaciones sociales antes de que explotaran como crisis. El partido era, para él, usina doctrinaria y escuela cívica.

Pero además tenía otra función central: ser caja de resonancia del ciudadano común. En los comités, clubes políticos, convenciones y agrupaciones territoriales se expresaban comerciantes, trabajadores, profesionales, jóvenes y vecinos. Allí se procesaban inquietudes concretas sobre empleo, tarifas, educación, seguridad o convivencia.

Ese vínculo directo entre ciudadanía y partido fue una de las grandes fortalezas del batllismo. No esperaba encuestas para saber qué pensaba la gente: escuchaba en la militancia organizada.

Cuando un partido abandona esa lógica y se limita a ocupar cargos, comienza su deterioro. Pierde reflejos, deja de interpretar a la sociedad y depende exclusivamente de liderazgos circunstanciales.

Eso vale hoy para Salto. El Partido Colorado no puede conformarse con tener presencia en el gobierno departamental si al mismo tiempo debilita su vida interna. Sin debate partidario, sin juventud activa, sin técnicos trabajando propuestas y sin contacto cotidiano con la ciudadanía, la representación se vacía.

Gobernar da visibilidad. La vida partidaria da profundidad.

En un departamento con desafíos estructurales —frontera, empleo, turismo termal, comercio, desarrollo urbano, seguridad y oportunidades para los jóvenes— el Partido Colorado debería estar generando ideas propias y convocando a la sociedad a discutirlas.

Eso supone reactivar agrupaciones, abrir espacios programáticos, escuchar a sectores productivos, recorrer barrios y formar nuevos cuadros políticos. También supone tolerar diferencias internas sin dramatizarlas, entendiendo que los partidos fuertes discuten.

La situación generada por Malaquina debería servir precisamente para eso: para preguntarse cómo fortalecer al partido más allá de una coalición de gobierno.

La Coalición Republicana puede ser una herramienta útil de gobierno. Pero ninguna coalición sustituye a un partido histórico. Las coaliciones administran acuerdos; los partidos construyen identidad, ideas y pertenencia.

Batlle y Ordóñez lo entendió con claridad: cuando un partido deja de ser intérprete de la sociedad, tarde o temprano deja de ser relevante.

El Partido Colorado salteño tiene hoy una oportunidad valiosa. Puede limitarse a administrar la coyuntura o puede recuperar su mejor tradición: la de partido pensante, abierto y conectado con la ciudadanía.

Si elige lo segundo, no solo contribuirá mejor al gobierno departamental. También volverá a ocupar el lugar que históricamente supo tener: el de fuerza reformista, moderna y atenta a la voz de la gente.

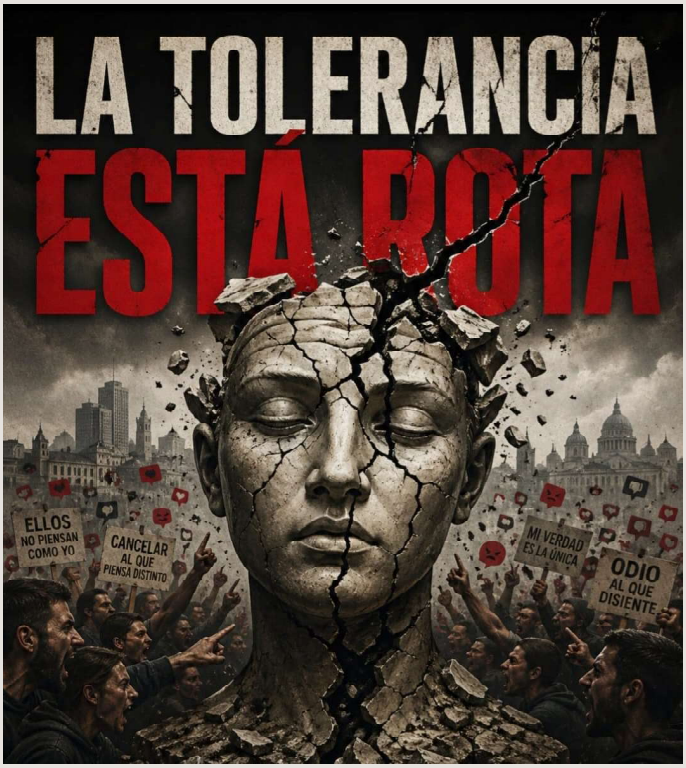


Daniel MANDURÉ
Convencional del PC. Fue Edil por Montevideo

La tolerancia está rota

Cuando la tolerancia se rompe, la sociedad se quiebra. Sin tolerancia solo queda el grito. Sin ella crece el odio. No se cae sola, nosotros la empujamos. Parece que los grises no tuvieran lugar, que la moderación està en retirada y que el dialogo va muriendo. A veces parece que somos la sociedad del grito. Una violencia y agresividad colectiva que lo invade todo. Nadie escapa. Violencia en el deporte, en la vida cotidiana, intrafamiliar, en centros de enseñanza, en política, con discursos polarizados y ni que hablar en las redes.

Nos indignamos rápidamente, no hay lugar para la mesura. Hay una cultura de la inmediatez que poco aporta. Una polarización que influye y una crisis de



autoridad que otorga carta libre para que cualquiera, potenciado por la tecnología, se transforme en un semi Dios dueño de la verdad.

Parece que no hay lugar para aquello que decía Stuart Mill al defender la libertad de expresión incluyendo las ideas que nos puedan incomodar, porque de ellas la sociedad se enriquece.

Se repiten diariamente agresiones y descalificaciones por doquier. Con convocatorias a pelear difundidas por las redes. Violencia en los locales de enseñanza, entre estudiantes y con padres y docentes. Agresiones en conflictos de tránsito y entre personas en situación de calle. Se pasa de la violencia dialéctica a la física en un abrir y cerrar de ojos. Donde el arma blanca y armas de fuego sustituyen rápidamente al insulto y al golpe de puño.

Tal vez esas frases con las que iniciamos esta nota, de alguna manera grafican el momento que vive la sociedad. Una sociedad en la cual cada vez se hace más difícil convivir con aquellos que piensan diferente. Ese quiebre es sin dudas uno de los síntomas más peligrosos en una sociedad moderna.

¿La intolerancia y sus derivados son propias solamente de nuestro tiempo? ¡Claro que no! Pero siento que en otros momentos los conflictos eran resueltos de distinta manera. Hoy las diferencias, para buena parte de la sociedad, han dejado de ser eso que conocemos como diversidad, hoy las diferencias pasan a ser una amenaza que hay que destruir, ya sea con el agravio dialectico o la violencia física. El otro, ha dejado de ser aquel individuo que tiene una mirada diferente a la mía, que no comparto pero que respeto, para pasar a ser algo que me incomoda tanto, al punto de querer derrotarlo, humillarlo, cancelarlo, violentarlo, y si puedo, hasta lograr exterminarlo.

Se llega a un momento donde vemos con gran tristeza que se deja de debatir ideas para que el objetivo pase a ser destruir personas. El adjetivo descalificativo sustituye al argumento.

La tolerancia lentamente se comienza a romper y se ve lastimosamente como lo vamos normalizando. Nos terminamos acostumbrando a convivir en ese mundo de extremos, donde al revés de la lógica, lo radical es sinónimo de fortaleza y la moderación y equilibrio parece transformarse en debilidad e indecisión.

Las redes sociales con todas sus variantes han tenido en ciertos aspectos un aporte favorable pero también en otros su sesgo muy negativo. Donde el imbécil se potencia, el hipócrita se empodera y el cobarde se cree valiente. Donde los like parecen premiar más el insulto y el escándalo. Y donde las ideas con contenido y argumentos sólidos quedan casi huérfanas de seguidores.

Cometen un gran error aquellos que creen que tolerancia es sinónimo de debilidad. Creen que tolerar es rendirse o no estar dispuesto a defender convicciones. Están equivocados. La verdadera tolerancia exige mucha fortaleza interior. Esa fortaleza le otorga al tolerante la capacidad de escuchar a alguien que piensa diferente sin derrumbarse. La debilidad del intolerante no lo permite, se va, huye o responde con un grito o con una agresión. Disfraza de fortaleza sus propias inseguridades.

Al intolerante su fragilidad extrema no le permite discutir sin descalificar, ese es su escudo.

Cuando decidimos encabezar esta nota con el título: «la tolerancia está rota» no queríamos decir que la tolerancia está muerta. Me consta que muchos intentamos practicarla. Es un trabajo diario y que no es fácil, más aún en los tiempos que vivimos. Pero lo roto se puede reparar no está muerto. Ese debería ser el desafío.

Estas reflexiones no intentan ser un decálogo de autoayuda, muy lejos de eso, no tengo esa capacidad y ni cerca de ser esa mi intención. Para eso están los que saben, los Bucay, Rolón o de Barbieri. Apenas intentan ser algunas reflexiones para que entre todos podamos contribuir y entender que el destino será incierto de continuar por el peligroso camino intolerante que muchos parecen haber elegido.

Zygmunt Bauman ese filósofo y sociólogo, agnóstico de origen polaco que describía lo que el denominaba la «sociedad liquida» y que si bien falleció hace casi una década se adapta a lo que vivimos en este momento: la fragilidad de los vínculos, la inmediatez para todo, el consumismo que parece dar estatus que no poseemos, ansiedad, relaciones breves e ideas frágiles. Donde el adversario es enemigo y el amigo, si no piensa como yo pasa a ser rival. Todo ello es un campo fértil para la intolerancia.

Bauman expresaba que: «en una sociedad liquida la intolerancia se propaga como agua derramada, la tolerancia exige volver a construir recipientes que al contengan».

Las reflexiones de Bauman pueden ayudar a entender el presente y darnos cuenta de que la intolerancia no nace exclusivamente del odio sino también de la fragilidad, ansiedad, inmediatez y la superficialidad de los vínculos y las relaciones. La modernidad liquida parece habernos transformado en seres más irritables con poca paciencia y que vivimos en un mundo donde somos los dueños de la verdad, de la única verdad.

Es un tiempo con excesos de estímulos, donde la hiperconectividad parece haberlo transformado todo. No se premia la reflexión sino la reacción, cuanto más agresivos mejor. El algoritmo de las redes no está diseñado para la tolerancia sino para el conflicto. Donde a veces parecen potenciarse más las miserias humanas que aquellas miradas constructivas y esperanzadoras.

Recuperar la tolerancia perdida no es tarea fácil. Exige ir reconstruyendo la ética del respeto perdido, la capacidad de escuchar. De disentir con argumentos y sin agravios. De sustituir el adjetivo peyorativo por el fundamento, la inmediatez por la paciencia y la cancelación por el dialogo.

Desde donde podamos cada uno de nosotros somos responsables de contribuir a recuperar la tolerancia perdida. Desde allí podemos construir todo. La libertad, el orden, la justicia, las diferentes creencias. La tolerancia como piedra fundamental de la civilización. Pasó en la antigüedad y pasa ahora, sin tolerancia las diferentes virtudes sociales difícil puedan sostenerse.

David Auris Villegas
Escritor peruano, columnista pedagógico, profesor universitario. Creador del ABDIVCPCE.
davidauris@gmail.com



El Día del Idioma

Y el libro como superpoder contra los molinos de la ignorancia. Durante el mes más letrado del año, mientras conversaba con estudiantes de secundaria sobre las proezas de Don Quijote de la Mancha, de pronto un esmirriado y astuto adolescente dijo: «Soy don Quijote virtual y derribaré las tareas que nos torturan». Al escuchar este desafío su amigo, muy robusto, respondió: «Soy Sancho Panza y propongo que, en lugar de luchar a su merced, vámonos al recreo, que es el mejor bálsamo de la mañana». La reunión estalló en risas y todos fuimos al recreo a vivir un momento mágico y literario.

Es así que a partir de estos diálogos con jóvenes soñadores y repletos de ganas de transformar el mundo como quijotes modernos, durante este abril se celebra el Día del Idioma chino, inglés y, especialmente, el 23 de abril, el Día del Idioma, Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor. Todo esto gira en torno al libro, el dispositivo que cambió el mundo para siempre. Un dispositivo



que, además de ser a prueba de robo, tiene páginas que nos abren oportunidades para triunfar en la vida.

De manera que parece magia que Miguel de Cervantes Saavedra, William Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega murieran en 1616, en una coincidencia literaria que se asocia al 23 de abril como fecha cumbre de los libros. Por ello la UNESCO declaró este día como el Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor, convirtiendo a la lectura en un superpoder contra los molinos de la ignorancia.

En nuestras aulas y espacios de aprendizaje invitemos a los estudiantes a leer con Don Quijote de la Mancha para derribar la estupidez, reconociendo en Miguel de Cervantes Saavedra la fuerza de la crítica social, la imaginación, la justicia y el humor. También promovamos a William Shakespeare, padre de Hamlet y Romeo y Julieta, que ayudan a comprender los dilemas y emociones humanas. Finalmente, valoremos al Inca Garcilaso de la Vega con sus Comentarios reales de los Incas, que fortalecen nuestra identidad cultural desde la educación intercultural para una convivencia solidaria.

Así que, querido lector, déjate llevar de paseo por las páginas de los libros, de la mano de los escritores, y sumérgete en las maravillosas palabras de la fantasía, la alegría, la reflexión, la libertad y la creatividad. Este trajinar nos permite alcanzar nuestro desarrollo humano y nos convierte en ciudadanos capaces de construir juntos un mundo mejor.

Marcelo GIOSCIA CIVITATE
Abogado. Periodista



Ignoran pronunciamiento cuerpo electoral

De confirmarse la voluntad de este gobierno, de aplicar las ideas contenidas en las «recomendaciones del Dialogo Social» y referidas a las Administradoras de Fondos de Ahorro Previsional (AFAP) se estaría ignorando el pronunciamiento de la ciudadanía, que rechazó el Plebiscito promovido por ellos mismos para derogarlas.



Una vez más el partido de gobierno -si llegara a concretarse lo que trascendió se proponen realizar, ahora con el «visto bueno» del Sr. ministro de Economía y Finanzas- violarían impunemente lo decidido libérrimamente por el Cuerpo Electoral. Tal como ya lo hicieron con los dos pronunciamientos que confirmaron la Ley de Caducidad en 1989 y 2009; con normas de la Ley de Urgente Consideración (LUC) refrendadas popularmente, así como con lo resuelto por la Ciudadanía sobre el voto de ciudadanos que residen en el exterior (que intentan se les habilite a votar desde su lugar de residencia) desconocen el valor constitucional de esos Plebiscitos.

Ello atenta contra principios básicos del funcionamiento democrático y republicano que nuestra Ley Fundamental establece y a la que todos debemos someternos.

Pues mal que les pese a algunos, lo jurídico debe estar siempre y en todo caso por sobre lo político. Y no a la inversa.

Pretender disponer de esos fondos, aún sin eliminar las AFAP abiertamente, supondría en los hechos crear un organismo público que gestione las cuentas de ahorro individual de manera centralizada, pretendiendo que dicho ente a crearse impulse la competitividad, intentando «minimizar los costos y maximizar los retornos con un riesgo acotado», lo que en definitiva es poder disponer de esos fondos que cada trabajador ha confiado hasta ahora, a su Administradora que eligió en forma individual.

Otra vez intentan que predomine lo colectivo por sobre la libertad individual, con una especie de «tutela» sobre la administración de este voluminoso fondo, al que hemos contribuido durante años de aportes, para asegurar una renta en función del esfuerzo realizado por cada quien. Al parecer poco les interesa valorar lo que ocurrió en la vecina orilla con los fondos previsionales, ni mucho menos respetar lo que más de un sesenta por ciento de los habilitados para votar, rechazaran con sabiduría en nuestro país, la idea de eliminarlas.

Cabe preguntarse cuál es la imagen que se pretende dar a quienes se avecinan a nuestro suelo, ya sea para radicarse o para invertir en proyectos realmente productivos.

Dónde queda la pregonada «fortaleza de nuestras instituciones» con esta evidente falta de respeto por lo decidido. ¿Será posible que predomine en el partido que hoy ejerce el poder en nuestro país, ese criterio que nos acerca a los gobiernos de tipo autocrático, alejado a todas luces del republicanismo que ha caracterizado al sistema de gobierno democrático y representativo que nuestra Carta Magna instituye?

La intencionalidad política queda al descubierto, aunque se pretenda decir lo contrario.

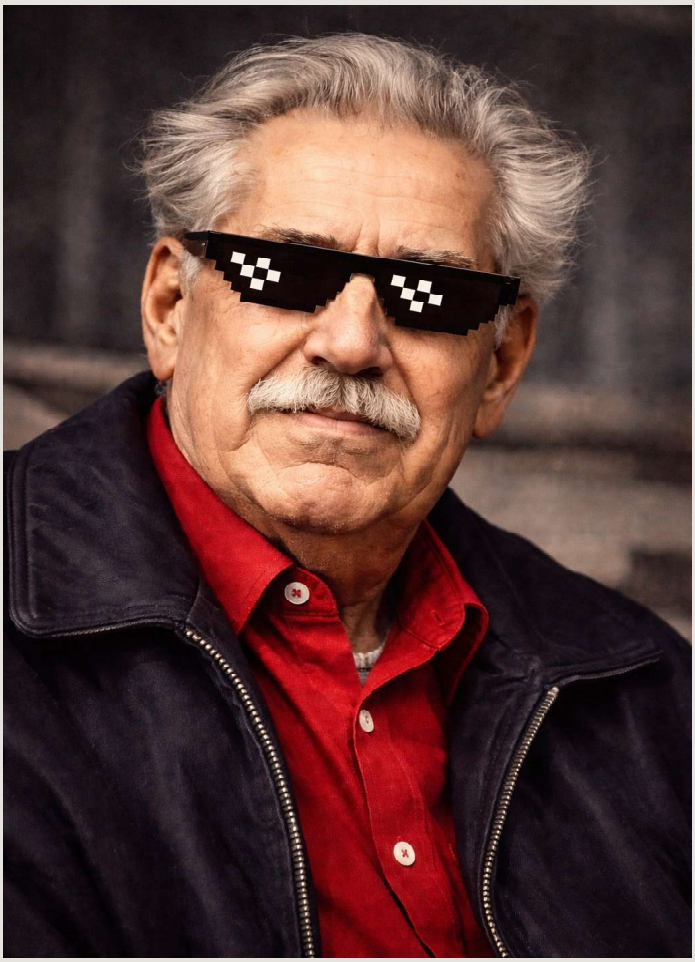
Que cada uno asuma sus responsabilidades al momento de adoptar decisiones contrarias a la voluntad popular expresada con todas las garantías y legítimamente en las urnas.



Eduardo IRIGOYEN GARCÍA
Fraybentino, periodista, sobreviviente de la zurda del Partido Colorado, reivindicador del anarcobatllismo, liberal extremista, republicano radical, defensor de la laicidad, gris onettiano, admirador del rock progresivo.

La cultura que la derecha no entiende (y el batllismo sí supo leer)

Durante años, la discusión sobre la «batalla cultural» se planteó como una disputa por espacios: universidad, medios, arte, educación, carnaval. Pero el problema de fondo es otro, porque no se trata de quién ocupa esos lugares, sino de quién logra definir lo que una sociedad percibe como normal. Y en ese terreno, la derecha llega tarde y no logra entender el mundo que la rodea. Los batllistas, que solo somos conservadores de la libertad y reformistas en todo lo demás, vemos que hay una dificultad estructural.



Buena parte de la derecha sigue entendiendo la cultura como un adorno, un gasto o, en el mejor de los casos, un instrumento, pero no como lo que realmente es: el sistema donde se construyen sentidos, valores y legitimidades.

Mientras tanto, la izquierda —desde la moderada hasta la autoritaria— ha operado históricamente en ese plano, no por virtud moral, sino por posición.

Desde los márgenes, donde no se gobierna, se crea.

Uruguay ofrece un ejemplo que incomoda a los conservadores.

El batllismo histórico, encabezado por José Batlle y Ordóñez, fue profundamente democrático, liberal, republicano, defensor de las libertades y las instituciones democráticas, respetuoso de la ley, del equilibrio de poderes y de las reglas de juego. En ese sentido, comparte una raíz clara con lo que hoy ubicaríamos en la derecha y centroderecha.

Pero, al mismo tiempo, fue culturalmente disruptivo, «inquietista», con un fuerte sentido de justicia. Eso significa tener fronteras comunes con la centroizquierda y la izquierda, porque se impulsaron reformas que en su época fueron resistidas por el conservadurismo: divorcio por voluntad de la mujer, defensa de la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, ley de 8 horas, separación Iglesia-Estado, defensa radical de la laicidad y una política con fuertes tintes anticlericales.

No eran medidas neutras: implicaban una transformación profunda de la sociedad y sin embargo, a pesar del rechazo inicial, hoy son parte del consenso básico.

¿Por qué triunfaron esas ideas del primer batllismo?

No por imposición, ni por una supuesta conspiración cultural, sino porque lograron conectar con cambios reales en la vida de las personas. Se volvieron comprensibles, aceptables, deseables. Es decir, se volvieron cultura antes que política.

La izquierda entendió la lección.

Ahí está la clave que muchas veces la derecha no logra ver: las ideas no se imponen solo con argumentos, sino con sensibilidad. Primero aparecen como extrañas, luego discutibles, después razonables y finalmente evidentes. Ese recorrido no lo hacen los programas de gobierno, lo hacen el lenguaje, el arte, la educación, las narrativas.

La izquierda ha tenido ventaja en ese plano, y no necesariamente por tener mejores ideas, sino por entender mejor el factor emocional. Sabe construir relatos, símbolos, identidades. Sabe hablarle a las aspiraciones, a los miedos, a los deseos. A veces lo hace con lenguaje lírico y hasta con humor.

La derecha, en cambio, tiende a refugiarse en lo técnico, en lo cuantificable, en la gestión, pero también en la rabia y un lenguaje combativo y áspero.

Como si la sociedad pudiera administrarse únicamente con la lógica de planilla Excel.

Ese es un error estratégico. No se gobierna solo con números. Se gobierna también con sentido.

Porque sin relato, sin imaginación, sin una idea atractiva de futuro, cualquier proyecto político queda incompleto.

Cuando la derecha intenta reaccionar, muchas veces lo hace mal. En lugar de crear, combate. En lugar de proponer, rechaza.

En lugar de disputar sentidos, declara una guerra cultural, cuya intención y objetivos compartimos, pero que nace perdida, porque parte de una premisa equivocada: creer que la cultura es algo que se enfrenta, cuando en realidad es algo que se produce.

El resultado es previsible. Mientras un campo genera lenguaje, símbolos y marcos interpretativos, el otro responde con críticas, advertencias o nostalgias. En ese intercambio desigual, la cultura avanza por un lado, mientras la política intenta alcanzarla por otro.

El batllismo, en su mejor versión, entendió algo distinto.

Supo ser institucional —defensor de la república, de la ley, de la democracia— y al mismo tiempo culturalmente innovador y reformista.

Esa combinación, que hoy puede parecer contradictoria, fue su mayor fortaleza.

Tal vez ahí haya una lección para el presente. No se trata de copiar a la izquierda (¡ellos nos copiaron a nosotros!) ni de negar la tradición. Se trata de volver a producir ideas, de animarse a pensar el tiempo propio, de entender que la cultura no es un lujo ni un gasto superfluo, sino el terreno donde se define el futuro.

Porque al final, la disputa decisiva no es por el poder visible. Es por algo más profundo: qué cosa se vuelve normal y qué se considera lo correcto.

Quien define eso, gana sin necesidad de imponer.

Porque al final, la disputa no es por quién grita más fuerte ni por quién ocupa más espacios. Es por algo más simple y profundo: qué ideas se vuelven normales y cuáles quedan fuera de época.

Ahí es donde la derecha suele equivocarse. Cree que defender valores es resistir todo cambio, cuando en realidad es saber cuándo acompañarlo, cuándo mejorarlo y cuándo poner límites. Negar avances sociales ya consolidados —como la despenalización del aborto, los derechos de las minorías sexuales o la eutanasia— no es dar una batalla cultural: es llegar tarde a una discusión que la sociedad ya procesó.

El batllismo, en cambio, tiene otra tradición. No la de frenar por reflejo, sino la de interpretar el cambio y conducirlo dentro de la ley, la libertad y la república. Ser motor cuando la sociedad avanza y freno cuando se desborda.

Esa es la batalla que sí se puede dar y ganar: no la de imponer una cultura ni de negar la existente, sino la de asegurar que los cambios se den con reglas, con garantías y con sentido común.

Porque la cultura no se decreta ni se combate. Se entiende. Y quien la entiende, no necesita imponer: acompaña, orienta y termina influyendo de verdad.

Pablo CAFFARELLI
Abogado, Escribano. Escritor



No es una sensación térmica

Hay países donde la inseguridad se mide en estadísticas. En otros, se mide en la respiración colectiva. En el Uruguay de hoy ya no alcanza con mirar gráficas, porcentajes o conferencias de prensa: basta abrir el diario, escuchar una radio en la mañana, o conversar cinco minutos en una parada de ómnibus para sentir que algo se ha quebrado.



Los titulares se amontonan con una crudeza que antes nos resultaba ajena, propia de realidades distantes, de sociedades donde la violencia había ganado terreno hacía décadas. Hoy son nuestros. «Formalizaron por femicidio a hombre que mató a su pareja y tiró su cuerpo a un aljibe en Canelones». «Paro de ómnibus de UCOT por 24 horas tras violenta agresión a un chofer». «Robaron la estatua del peón rural en el Prado y se la llevaron en camioneta». Y entre esos titulares, casi como una postal de época, el enfrentamiento absurdo entre un chofer y un delivery que terminó con un hombre muerto de una puñalada.

No son episodios aislados. Son síntomas. Son señales de una convivencia que se deshilacha hilo por hilo, mientras la costumbre nos anestesia y la resignación amenaza con convertirse en paisaje.

Porque la inseguridad no empieza cuando suena un disparo. Empieza mucho antes. Empieza cuando la ira se vuelve lenguaje cotidiano, cuando la intolerancia sustituye al diálogo, cuando cualquier diferencia mínima escala en segundos hasta la violencia. Empieza cuando el insulto es reflejo, cuando la amenaza es moneda corriente, cuando la vida ajena vale cada vez menos.

Uruguay supo enorgullecerse, con razón, de ciertos códigos no escritos. De una forma de tratarnos. De un respeto básico en la calle. De la palabra empeñada. De una cortesía civil que no figuraba en las leyes pero vivía en los gestos diarios. No éramos un paraíso, pero sí una excepción razonable en una región convulsionada. Hoy esa excepción se erosiona.

Y frente a esa erosión, el Estado parece llegar siempre después. El Ministerio del Interior anunció finalmente un plan que comenzará como experiencia piloto en Cerro Norte. La idea, se nos dice, apunta a intervenir territorios críticos con nuevas herramientas. Bienvenido todo intento serio. Pero cuesta no advertir lo evidente: el plan llega un año tarde. Llega cuando las heridas ya sangran. Llega cuando el miedo ya se instaló en barrios enteros. Llega como quien aparece con una gasa cuando el paciente hace rato necesita cirugía.

La seguridad pública exige prevención, inteligencia, presencia territorial y conducción política. Exige entender que el delito no espera cronogramas administrativos ni tiempos electorales. Mientras se diseñan pilotos, la realidad ejecuta su propio programa: más violencia, más impunidad percibida, más ciudadanos replegados detrás de rejas, alarmas y rutinas defensivas.

Pero sería cómodo cargar toda la responsabilidad en un ministerio. La crisis también nos interpela como sociedad. Hay una pedagogía del límite que se perdió en hogares, escuelas, espacios públicos. Se relativizó la autoridad legítima, se banalizó la agresión, se confundió libertad con ausencia de freno. Y cuando una comunidad deja de transmitir normas básicas de convivencia, siempre aparece alguien dispuesto a imponer las suyas por la fuerza.

Lo más peligroso, sin embargo, no es el delito. Es acostumbrarnos. Que un femicidio nos conmueva dos horas. Que una golpiza a un trabajador sea apenas un tránsito noticioso. Que la muerte absurda en una discusión callejera se archive detrás del próximo escándalo. Cuando la barbarie deja de escandalizar, ya empezó a ganar.

Uruguay todavía está a tiempo. Pero el reloj corre. Recuperar la seguridad no será sólo bajar rapiñas o reforzar patrullajes. Será reconstruir una cultura nacional herida camino a quedar perdida. Será volver a enseñar que el otro existe. Que la ley importa. Que la violencia no puede ser atajo ni lenguaje.

Porque las naciones no se pierden de golpe. Se deterioran en pequeños actos tolerados, en señales ignoradas, en respuestas tardías. Y después, un día, descubren que aquello que las distinguía ya no está.

Washington ABDALA
Abogado. Periodista. y Escritor.
Fue Edil, Diputado y Embajador en la OEA.



No da para más la cosa

En el Uruguay, más precisamente, en Montevideo no se puede andar por la calle tranquilamente y sin temor a pasarla mal o sufrir de pena. No se puede. Y si alguien lo hace, no dice la verdad. La gente zombi anda por todos lados y lleva sus padecimientos a cuestas. Algunos dan pena. Otros dan miedo. Según lo que venga. Acabo llegar de jugar a la paleta, por el parque Rodó, por Gonzalo Ramírez, llena la calle de gente volando. Falopa, decadencia y alienación.

Un combo suicida.
Donde vivo, lo mismo.
El centro de la ciudad es peor. Y barrios que conozco, aún más jodida la cosa.
Montevideo no tendrá fentanilo, pero tiene mierda de droga que pulverizan las mentes y producen gentes en asesinato permanente.



Lo saben todos
Lo conocen todos.
No lo saben resolver.
Por miedo, por ignorancia, por «uruguayez» soberbia que se considera un instituto propio a semejante imbecilidad.
Si hay lugares en el mundo que lo resolvieron: copien carajo, metan ganas, involucren a más gente, laburen. Pa que carajo pidieron el voto? Pa esta basura de resultados? ¿En serio era pa esto?
Y el ministro del área embestido por su gente en el gobierno o en su partido de gobierno como reseñan por allí y el secretario del presidente nos involucra a todos en ese terrajerío.
No entendes mago, los líos de chancho internos se arreglan entre casa. No nos pasen a los ciudadanos las miserias de alcoba.
¡Nos importan un pito!
A los uruguayos nos importa un pito el mozo ese.
Si lo quieren, si no lo quieren, lo único que sé es que lleva un año y pico y todo es un desastre.
Si yo fuera un cínico (no lo soy) me haría el fesa, marearía y gozaría con lo inmunda gestión del gobierno y así volarlos de una oreja en 4 años.
No pienso así.
No somos como Fernando Pereira que nos odia siempre y se hace el estupendo, y nos vuelve a odiar cuando le conviene.
Somos gente de buena voluntad.
Es que la convivencia acá es un asco y con eso no se juega.
Nos van a seguir matando y todos hablando de internas y pajerías.
Aviven al presidente, no da para más la cosa.



Luis Marcelo PÉREZ
Diputado por el Partido Colorado
Escritor. Periodista. Vicepresidente del PEN Club Uruguay. Gestor Cultural

La tentación de domesticar

En nombre de la llamada batalla cultural, han convertido a la cultura en un campo de alineamiento y obediencia. Sin embargo, el problema no es quién domina ese terreno, sino qué se pierde cuando el arte y el pensamiento dejan de ser espacios de libertad. En una época que proclama diversidad, pero castiga la discrepancia, la verdadera disputa no es ideológica, sino entre creación y sometimiento. Cada época inventa su propia forma de intolerancia. La nuestra ha encontrado una especialmente eficaz y, por eso mismo, más difícil de advertir. Se llama batalla cultural.



La expresión está apareciendo -un día sí, otro también- en redes sociales y tribunas partidarias con un crecimiento sostenido en las últimas semanas. Unos la invocan para denunciar la hegemonía progresista. Otros la utilizan para justificar la defensa de determinadas causas. En ambos casos subyace la misma convicción. La de considerar al arte, la literatura y el pensamiento como un territorio que debe ser ocupado y puesto al servicio de una estrategia.

Sin embargo, el problema de fondo no enfrenta a una sensibilidad de izquierda con otra de derecha. La verdadera fractura separa a quienes entienden la vida cultural como un ámbito de libertad con aquellos que la han transformado en un mecanismo panfletario de obediencia.

Hace casi un siglo, Sigmund Freud advirtió ese riesgo en *El malestar en la cultura*. Allí sostuvo que toda civilización se construye sobre una renuncia. Para vivir en común, los seres humanos deben aceptar límites, contener su agresividad y resignar una parte de sus deseos. Sin esas restricciones no existirían la ley, las instituciones ni la convivencia.

Freud no celebraba esa renuncia. La consideraba una necesidad inevitable y, al mismo tiempo, una fuente permanente de sufrimiento. El orden protege, pero también asfixia. Las normas permiten convivir, aunque exigen un precio interior. De esa tensión nace el malestar.

Su reflexión conserva una vigencia notable. Durante décadas, ciertos sectores de izquierda decolonial han intentado —y aún intentan— imponer una uniformidad basada en una lectura dogmática de la hegemonía cultural. En ese proceso, la universidad, la escuela, los medios, el lenguaje y el arte fueron dejando de ser espacios de debate para transformarse en instrumentos de pedagogía ideológica. Se establecieron jerarquías, se delimitó quiénes podían ser admitidos y quiénes debían quedar al margen. A unos se los legitima y promueve mediante becas, viajes, publicaciones, exposiciones o condecoraciones. A otros se los relega a una periferia donde quedan fuera del circuito.

Hoy ciertos sectores de la derecha intentan repetir de forma errada el mismo procedimiento. Denuncian la vieja ortodoxia identitaria, pero sólo para reemplazarla por otra. Allí donde antes había guardianes ideológicos de un signo, aparecen guardianes del signo contrario.

Freud ayuda a comprender por qué esa tentación reaparece una y otra vez. La vida colectiva nunca resuelve por completo el conflicto entre pertenecer y diferenciarse. El ser humano necesita normas, pero también necesita una zona de autonomía. Busca seguridad, aunque rechaza sentirse vigilado. Desea integrarse, pero no soporta perder su singularidad.

Por eso las sociedades reaccionan con tanta hostilidad frente a quienes perturban el consenso. El artista incómodo, el escritor irreverente o el intelectual que se niega a seguir el libreto despiertan una irritación desproporcionada. No molestan solamente por lo que dicen. Molestan porque recuerdan que ninguna ortodoxia consigue someter por completo la imaginación.

Freud sostenía que una parte de la agresividad reprimida por la vida social se vuelve contra nosotros mismos y se transforma en culpa. Otra parte, sin embargo, se proyecta hacia afuera. Entonces aparece la necesidad de encontrar un enemigo, un culpable sobre quien descargar la ansiedad que produce vivir entre contradicciones.

La llamada batalla cultural cumple con frecuencia esa función. Canaliza frustraciones reales y las transforma en resentimiento político, pero también refleja una dinámica en la que, durante años, ciertos marcos progresistas definieron los límites de lo aceptable. Desde ese predominio, la discusión tendió a cerrarse sobre sí misma, dejando a quienes pensaban distinto en una posición de marginalidad. Ese encuadre no construyó necesariamente un debate más abierto, sino que muchas veces profundizó la fractura. Así, el conflicto se volvió permanente y desplazó lo esencial, mientras los problemas de fondo quedaron sin abordar.

¿No debería interpelarnos ese vacío? El deterioro de la educación y la cultura, la pobreza del debate público —tanto en la dirigencia partidaria como en la estatal o sindical—, la degradación del lenguaje ya naturalizada, la fragilidad de las instituciones, los grafitis que han ido deteriorando el espacio urbano, la suciedad en plazas, parques y playas, la saturación de residuos en contenedores, el abandono de canteros y avenidas, o el desencanto de una generación que vive rodeada de pantallas y, sin embargo, piensa cada vez menos.

Freud escribió su ensayo después de la Primera Guerra Mundial, cuando Europa atravesaba una mezcla de frustración, miedo y fanatismo. Comprendió que el progreso material no vuelve necesariamente mejores a las personas. Una sociedad puede acumular riqueza, tecnología e información y, al mismo tiempo, estar dominada por las contrapuestas obsesiones, la angustia, la agresividad y la hipocresía.

Algo similar sucede en nuestro tiempo. Vivimos en una época que invoca la libertad, pero tolera cada vez menos la discrepancia. Se exalta la diversidad, aunque sólo suele aceptarse aquella que confirma nuestras propias convicciones. El que piensa distinto deja de ser un interlocutor para convertirse en una amenaza.

En ese clima, el arte corre el riesgo de dejar de ser una experiencia de descubrimiento para transformarse en un catecismo. Un libro ya no se juzga por la verdad humana que contiene, sino por la posición de su autor. Una película se celebra o se condena según el bando al que parezca pertenecer. La creación deja de ser interrogación y se convierte en prueba de fidelidad.

Pero las grandes obras nunca encajan del todo en esa lógica. Los escritores verdaderos incomodan tanto a sus aliados como a sus adversarios. Una novela perdura porque cuestiona las certezas de su tiempo, no porque las confirme. El pensamiento vivo no tranquiliza. Desordena, contradice y obliga a mirar de nuevo.

Por eso Freud sigue siendo necesario. No porque ofrezca una salida definitiva, sino porque recuerda algo esencial. Ninguna consigna logrará eliminar la tensión entre libertad y convivencia. Ningún proyecto político conseguirá borrar el conflicto entre la vida interior y las exigencias del orden.

La tarea de una sociedad madura no consiste en sofocar ese conflicto, sino en aprender a convivir con él. Defender la cultura no significa someterla a una causa, sino garantizar su capacidad de incomodar, disentir y mantenerse libre frente a cualquier intento de adoctrinamiento.

El repliegue del trumpismo

Guzmán A. IFRAN
Contador Público. Fue diputado
por Montevideo y Coordinador de la Opp



Durante casi una década, Donald Trump no fue solamente un actor político estadounidense: fue un fenómeno geopolítico global. Su irrupción alteró equilibrios estratégicos, debilitó consensos democráticos históricos y habilitó, en distintas regiones del mundo, la legitimación discursiva de liderazgos personalistas que encontraron en su figura un modelo posible. Hoy, sin embargo, los indicadores políticos más recientes dentro de Estados Unidos comienzan a mostrar un escenario distinto: el trumpismo parece haber entrado en una fase de retroceso que puede tener consecuencias mucho más amplias que las estrictamente electorales.

Las encuestas de opinión pública reflejan un deterioro sostenido en la aprobación presidencial, con niveles particularmente bajos en materia económica, liderazgo institucional y conducción internacional. Este dato no es menor. En la política estadounidense, la percepción económica suele ser el principal predictor de comportamiento electoral. Cuando esa variable se deteriora, el impacto trasciende la coyuntura y afecta la capacidad estructural de sostener poder político. En ese marco, las elecciones legislativas de medio término adquieren un carácter decisivo: podrían redefinir el margen de maniobra del Ejecutivo y, al mismo tiempo, marcar el inicio de una nueva etapa política en Estados Unidos.

Pero el eventual debilitamiento del trumpismo no debe analizarse únicamente como un episodio doméstico. Durante los últimos años, la figura de Trump operó como referencia simbólica para diversos liderazgos iliberales en Europa y otras regiones. Desde sectores del nacionalismo europeo hasta gobiernos con vínculos explícitos con Moscú, el respaldo político o discursivo proveniente de Washington funcionó como un factor de legitimación indirecta. Si ese respaldo se debilita, también lo hace la arquitectura internacional que lo acompañaba.

En ese sentido, uno de los efectos más relevantes del actual escenario político estadounidense puede observarse en el frente ucraniano. La continuidad del apoyo occidental a Ucrania frente a la agresión rusa depende, en gran medida, de la estabilidad del compromiso estratégico de Estados Unidos con Europa. Un retroceso del trumpismo implica, potencialmente, la consolidación de una política exterior más alineada con los socios históricos de la OTAN y con la defensa del orden internacional basado en reglas. No se trata únicamente de Ucrania: se trata del tipo de sistema internacional que emergerá en la próxima década.



Al mismo tiempo, la evolución política en Estados Unidos impacta directamente en la dinámica interna de la Unión Europea. Durante años, algunos gobiernos europeos encontraron en la experiencia trumpista un argumento para cuestionar consensos multilaterales tradicionales. Hoy, sin embargo, el debilitamiento de esa referencia externa contribuye a reforzar los sectores políticos comprometidos con la integración europea y con la defensa del Estado de derecho. En términos geopolíticos, esto puede interpretarse como un fortalecimiento del eje democrático occidental en un momento particularmente sensible del sistema internacional.

No debe perderse de vista, además, el efecto simbólico que estos procesos generan en América Latina. La región ha sido históricamente permeable a las señales políticas provenientes de Washington. Cuando Estados Unidos exhibe estabilidad institucional y liderazgo democrático, su influencia tiende a reforzar prácticas compatibles con ese modelo. Cuando ocurre lo contrario, las consecuencias suelen ser igualmente visibles. En este contexto, la evolución del escenario político estadounidense adquiere relevancia directa para el clima democrático regional.

Nada de esto implica afirmar que el trumpismo haya desaparecido. Sería un error político y analítico subestimarlo. Se trata de un fenómeno con bases sociales reales, con capacidad de movilización y con influencia cultural significativa. Sin embargo, sí es posible afirmar que atraviesa un momento de inflexión. Y en política internacional, los momentos de inflexión suelen anticipar cambios estructurales más profundos de lo que inicialmente parece.

En definitiva, la eventual pérdida de centralidad política del trumpismo puede marcar el inicio de un reordenamiento más amplio dentro del mundo democrático. No como un retorno automático a los consensos previos a su irrupción, sino como la apertura de una nueva etapa en la que las sociedades occidentales vuelvan a debatir el equilibrio entre liderazgo político, institucionalidad democrática y responsabilidad internacional. Lo que está en juego no es únicamente el futuro de un dirigente o de un partido: es la orientación estratégica del sistema democrático occidental en su conjunto.



Lorenzo AGUIRRE
Periodista. Escritor. Asesor Cultural,
Músico. Director de Orquesta

Magyar; alineado a «OTAN» y «Unión Europea»

Las elecciones en Hungría - donde se eligieron 199 miembros de la Asamblea Nacional, quienes a su vez escogen al Primer Ministro para el período 2026 – 2030 - dieron como triunfador a Péter Magyar, líder del partido «Tisza» – ideología, europeísmo, conservadurismo liberal, de posición centro, centroderecha -, quien derrocara a Viktor Orbán - partido «Fidez», ideología, conservadurismo nacionalista, antiinmigración, posición derecha, extrema derecha -, el cual durante 16 años se mantuvo en el sillón presidencial. Péter Magyar, arrasó en dicha consulta popular y contará con mayoría absoluta parlamentaria – más de dos tercios de escaños -, permitiéndole gobernar sin necesidad de alianzas. Los comicios, marcando además la mayor movilización desde la caída del comunismo, habilitaron a 7.527.000 ciudadanos, donde fueron partícipes 79% (5.914.000). El partido «Tisza», obtuvo 53.18%, llevándose 141 bancas – de 199 -, mientras «Fidesz», consiguió 38.61%, y 52 asientos.

Viktor Orbán, tras cuatro mandatos consecutivos, contando mayoría en el Congreso, estructuró una supuesta «democracia liberal» que, en buena forma le valió un «sistema a su medida», con definiciones concretas, más allá de interponer obstáculos y acciones fuera de marcos regulatorios, a efectos de



dificultar la proyección libre de opositores.
Orbán, fue un primer ministro alineado al presidente Donald Trump, pero al mismo tiempo fluctuando con Vladímir Putin, y dinamitó en más de una oportunidad a la «Unión Europea», quebrando consensos en temas relevantes y de cuidado extremo, como la sanción a Rusia, y la ayuda militar a Ucrania.
Sería oportuno recordar que, Viktor Orbán, en 1998 logró su primera victoria electoral a través de expresiones conservadoras, luego de haber gastado un buen tiempo flirteando con un liberalismo edulcorado que sirvió para atontar a intelectuales y pseudos intelectuales a tiempo completo.
Más tarde, Orbán perdió ante el socialismo, pero desde la oposición reformuló la estructura de «Fidesz», haciéndolo girar hacia un populismo ultranacionalista.
Volviendo al poder, «reacondicionó» la Constitución para establecer un sistema electoral protector, estableció control sobre el «Tribunal Constitucional», articuló un sistema que, estúpidamente, se divulgó como «Democracia y Autoritarismo», se balanceó entre discursos antiinmigración, y no acogió refugiados, a quienes llamara terroristas.
Orbán, pasó una y otra vez, de un lado a otro, como por ejemplo, del «Partido Popular Europeo» para alinearse con extremas derechas insertadas en el Parlamento del bloque, y a través de «Patriotas por Europa»- agrupación de extrema derecha, euroescéptica, y nacional conservadurismo del «Parlamento Europeo»- formar alianzas con «Agrupación Nacional» (partido político francés, nacional populismo, proteccionismo, extrema derecha, y reminiscencia antisemita), de la Diputada de la Asamblea Nacional de Francia, Marine Le Pen, y «Lega», partido de derecha, soberanista, euroescéptico, liderado por Matteo Salvini, Vicepresidente del «Consejo de Ministros de Italia».
Asimismo, el primer ministro de Hungría mantiene estrecha relación con Benjamín Netanyahu – también firme amistad con Donald Trump, y sostenida reciprocidad con Vladímir Putin, aunque es apropiado tener presente que, Orbán, apareció en la escena política exigiendo el retiro de tropas soviéticas de aquella Hungría comunista -, con el cual se reuniera recientemente en Budapest, dejando de lado la orden de detención de la «Corte Penal Internacional», que cae sobre la figura de Netanyahu.
SIN AMOR… ¡SE ALCANZA EL GOBIERNO! Péter Magyar, abogado de cuarenta y cinco años, que presentó una alternativa europeísta y conservadora, fue siempre un molesto joven, hiperactivo servil ocupando puestos técnicos en el Ministerio de Exteriores, Banco de Desarrollo de Hungría, y reptando para lograr ser representante ante la «Unión Europea», cargo permitiéndole mostrar «nuevas virtudes», entre las cuales destaca la soberbia.
Magyar, era una pálida figura dentro de «Fidesz», partido en el cual, su esposa, creció de manera vertiginosa, llegando a ocupar puestos de relevancia y logrando poder, al ser designada Ministra de Justicia.
Judit Varga – tal, es su nombre -, al finalizar su relación matrimonial denunció a Péter Magyar por violación doméstica y «acoso de chantaje», mientras el muchacho dejó su zalamería y replicó diciendo que, su exesposa, actuaba políticamente para perjudicarlo.
Hace dos años, la telenovela llegó a la «mayor audiencia» cuando se difundiera una grabación en la cual, Varga, manifestaba interferencias del Gobierno en un caso de corrupción donde se concedía indulto, a una persona condenada por



encubrir abusos sexuales a menores.
El «Oscar» al «Mejor Escándalo Político» llevó a dimitir a un grupo de importantes figuras, entonces, Magyar, aprovechó el momento, convirtiéndose en la explosiva voz crítica contra Viktor Orbán, y de ahí en más, ser líder de «Tisza».
Según declaraciones, Péter Magyar - que no enviará soldados ni armas a ningún conflicto bélico, y no existirá Servicio Militar Obligatorio - llevaría adelante una reforma para destrabar unos 20 mil millones de euros en fondos europeos, apretados en Bruselas por «falta de Estado de Derecho en Hungría».
Asimismo, Magyar – si estudiamos en profundidad sus movimientos -, estaría pautando una política exterior alineada con la «Unión Europea», y la «Organización del Tratado del Atlántico Norte» («OTAN»), y al mismo tiempo llamar a referéndum para tener una posición definida respecto al ingreso – o, no - de Ucrania, en el bloque europeo.
La derrota de Viktor Orbán, y el ascenso de Péter Magyar no pasa inadvertido entre líderes mundiales tanto de derechas, como de izquierdas, y la «Unión Europea» está escudriñando reformas, no vivir de promesas, pasar a investigar desde delitos de corrupción hasta protección a los derechos de las personas «LGBT» y de quienes buscan asilo.
Por otro lado, Magyar, está demostrando su perfil al pretender ejercer el poder antes de asumir el cargo de primer ministro, y ha pedido la dimisión del Presidente Tamás Sulyok, antes del 31 de mayo, fecha pautada para conformarse el nuevo Congreso.
Sulyok, tiene obligación de presentar formalmente ante el Parlamento (una vez constituido), al nuevo Primer Ministro. Sin lugar a dudas, Magyar, buscará desmantelar el sistema heredado, incluyendo cargos designados por mayorías parlamentarias, y las destituciones provocará un choque institucional.

América invertebrada

Hace un siglo escribió José Ortega y Gasset su *España invertebrada*, intentando explicar en profundidad por qué esa dificultad de entenderse, por qué esa permanente tensión disgregadora. Dentro de varios factores, se detiene especialmente en el «particularismo», la pasión por sentirse distinto al resto, y lo que él llama la «aristofobia», o sea, el odio a los mejores. Hoy España es España, luego del período del españolismo a garrotazos de Franco y del nobilísimo pacto constitucional de 1978, que con Juan Carlos I, Adolfo Suárez y Felipe González lograron construir lo que aún hoy, pese a su éxito, a cada rato se amenaza.



Julio María SANGUINETTI
Periodista. Abogado. Senador.
Ex Secretario General del Partido Colorado. Presidente de la República.
FUENTE: diario LA NACIÓN

Peor le fue a Bolívar con su sueño anfictiónico de 1826, cuando intentó una gran confederación americana, unida por nuestra lengua y tradiciones. Invitó a todos. Rivadavia, en plena guerra con el Imperio de Brasil, no estaba para congresos y los lusitanos contestaron circunspectamente, pero ni se asomaron. Los intentos posteriores los conocemos y desde la Unión Panamericana de 1890, la OEA, la Aladi y el SELA, todos de algún modo han aportado, pero sin lograr nunca una vertebración real. Nos ha pasado incluso en espacios tan análogos como el Mercosur, firmado en 1991, pero luego de 8 años magníficos nunca más logró congeniar.

Los particularismos de que hablaba Ortega juegan, pero en nuestro caso lo peor ha sido la ideología. Con EE.UU. o contra EE.UU. Con Cuba o contra Cuba. En general, con un nivel de debate en blanco y negro, sin los necesarios matices que permiten la convivencia de lo particular con lo general.



Ahora estamos de nuevo envueltos en una confusión general. La Celac, reunida en Bogotá el mes pasado, pretendía exhibir el intento brasileño de reflotar ese organismo que nació en 2010 como una suerte de OEA sin los EE.UU. Desde el primer día, como se advierte, con una carga ideológica: alejarse de la potencia del norte. Por lo mismo, nunca pasó de ser un foro deliberativo e irrelevante. Ahora volvió a desnudarse. Solo tres presidentes estuvieron presentes. Lula, Petro y nuestro presidente uruguayo, Yamandú Orsi, que recibió la presidencia y no podía faltar. Los otros dos terminan sus mandatos este año, por lo que este intento de resurrección es una *»piuma al vento»*.

La declaración fue de progreso manuscrito y ni siquiera pudo hacerse una referencia unánime a Cuba, porque 12 países votaron en contra de la frase que aludía al otrora faro revolucionario y hoy tristísima expresión –como si faltara alguna todavía– del fracaso del marxismo. El atraso económico, la anomia individual y la pérdida de libertades han llevado a la miseria a ese país que cuando cayó la dictadura de Batista seguía siendo el más próspero del área. Su PBI per cápita era 30% mayor que el de República Dominicana, que hoy es 700% superior. Solo tiene la suerte de que el ineficaz embargo comercial estadounidense todavía le sirve de pretexto para hablar de un «bloqueo», cuando Cuba podía y puede comerciar libremente con todo el resto del mundo y hasta recibir ayuda de la Unión Soviética y Venezuela, que en su tiempo le permitieron sobrellevar el tristísimo fracaso.

A ese **»bloqueo» se cuelgan, en un patético ejercicio de nostalgia revolucionaria**, partidos y gobiernos «de izquierda» que han terminado de sucumbir a la democracia liberal y la economía capitalista, pero preservan restos de la vieja retórica. En eso está hoy Brasil, que ha fracasado estrepitosamente en ejercer el liderazgo que su poderío hace natural, que en algunos tiempos ejerció con elegancia y que bien útil fue. En vez de actuar con pluralidad amplia, solo ha intentado armar un club de gobiernos de izquierda que hoy son minoría en Sudamérica y lejos están de la ejemplaridad.

Desgraciadamente, una vez más, los EE.UU., con la incontinencia tuitera de verbos, adjetivos, amenazas y propuestas del presidente Trump, les dan razón de ser a quienes viven al margen de un tiempo que nos habla de inteligencia artificial, energías alternativas y competitividad frente a actores como China que han cambiado los equilibrios universales. Amenaza a Cuba y no termina de aclarar su dramática intervención en Venezuela, secuestro presidencial incluido, en que por ahora solo ha mostrado un multimillonario negocio petrolero, un extraño romance con el «madurismo sin Maduro» y ninguna definición sobre fecha de elecciones.

Pocos días antes de la Celac, Trump levantó otra toldería, el Escudo de las Américas, reuniendo a 12 países americanos en un programa de lucha contra el narcotráfico. También es un intento informal por generar un liderazgo alineando, en este caso, a todos aquellos que no revistan en el figurín «progresista». Por supuesto, reivindica su hegemonía en cuanto a decisiones, pero el hecho es que, más allá de volar en pedazos cuatro o cinco lanchas, nada hemos visto.

Mientras tanto, en esa avalancha de mensajes sin precedentes, el presidente de EE.UU. se enfrenta a un papa que nació en EE.UU., pero que hizo toda su carrera en Perú, del que es ciudadano, trabajó años como misionero y terminó de obispo de Chiclayo cuando ascendió a cardenal y, un año más tarde, nada menos que a la Santidad. Un papa misionero en Perú, sin ningún perfil político hasta el momento en que la intemperancia de Trump proclamó que iba a exterminar una civilización y protestó. Lo agravió, lo declaró enemigo y, como suele pasar con los extremistas, fortaleció su figura. Hoy es un actor relevante.

En respuesta a «la derecha», el presidente del gobierno de España, en su peor momento de prestigio personal, organiza un gran congreso «progresista». Como en la Celac, solo comparecen los presidentes de Brasil, Colombia y Uruguay, pero esta vez aparece México y sobre esta base ya se intenta que renazca la ilusión de un reverdecer izquierdista. En su deriva antiyanqui, Sánchez llega a proponer que Europa rompa con Israel, la única democracia de la región y la avanzada de Occidente. Todo triste, desenfocado. «Particularista» y «aristofóbico», diría Ortega.

De España heredamos una lengua maravillosa y una cultura de valor universal. También, el «particularismo» en el que vivimos sumergidos mientras entonamos el himno de una fraternidad ilusoria. Y si los del sur somos un caos, desde el norte solo se arrojan, en tormentoso descontrol, rayos y centellas.